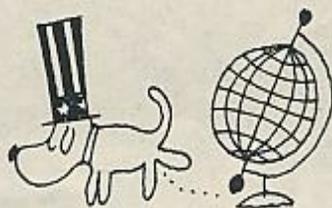
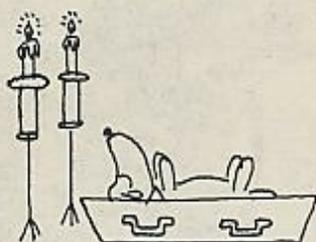


LOS CANES DE PERICH



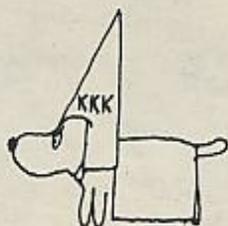
CAN BOYA



CANCER



MECANOGRAFO



KU KLUX CAN

PERICH

«spots» de televisión, donde, a menudo, aparecen finas manos acariciando el producto que se anuncia o una voz erótica nos recomienda que bebamos este o aquel licor. En «As», diario deportivo, aparece regularmente la fotografía de una señora despampanante con un pie que sólo en España podría escribirse. Reciente está la rebelión de los bikinis en Zaragoza y ese pleito, llevado hasta el Supremo, sobre la capacidad ofensiva de la foto de una muchacha en traje de baño. Inútil hablar de las innumerables reformas modisteriles que la censura o el temor a la censura han impuesto a la información gráfica: faldas alargadas, escotes cerrados, volantes y toda clase de filigranas. El teatro «frívolo» ha sufrido directamente esa ola de puritanismo y, como suele ocurrir en estos casos, ha encontrado en ella una equívoca razón de muerte y de vida. De muerte, porque ha visto recortada su libertad, el desenfado que le es propio. De vida, porque ha encontrado en sus limitaciones un morboso reclamo. Las circunstancias han hecho que durante varias décadas los hombres hayan ido a ver inocentes revistas como quien corre una aventura. El Martín y La Latina eran sus antros. Esta ambigüedad, esta inocencia infernal, ha sido la base de la revista española de los últimos años. En Barcelona, Gasa, sobre todos, cultivó un tipo de revista espectacular, sin argumento, hecha de números sueltos, a los que, cuando más, se daba entrada con alguna frase. En Madrid, en cambio, las revistas se han ajustado a minuciosos libretos, a equívocas historias —no hay más que ver los títulos de doble sentido— interrumpidas de vez en cuando por algún número musical. Un número, por lo general, desgajado del sainete y convocado a través de accidentales alusiones de alguno de los personajes. Un comentario, por ejemplo, sobre el calor, podía dar entrada a cualquier danza de las llamadas «tropicales»; una alusión histórica podía traernos a Cleopatra o a María Antonieta, y, por supuesto, siempre estaban a punto los abanicos, las peinetas, las mantillas, los claveles y cuanto, de la forma más natural del mundo, permite encajar un chotis o un pasadoble.

Las vicetiples eran muchachas de figura no siempre agradable, que no sabían cantar ni bailar. Celia Gámez hizo famosas sus revistas no sólo por su personalidad de «vedette» —de interés decreciente a medida que se fue aristocratizando y convirtiendo en una especie de gran dama de la revista—, sino por el cuidado que ponía en la elección de sus

«chicas». Los decorados eran de tela con purpurina. Y al final jamás faltaba la escalera, por la que iban bajando, siguiendo un riguroso orden jerárquico, las figuras de la compañía.

En algún caso se tendía hacia la comedia musical. Pero ello exigía actores y cantantes estimables, además de vulnerar el equívoco básico del género. Por eso lo corriente era que la partitura fuese malísima, la orquesta tachunda, el libreto abundante en equívocos pornográficos, las vicetiples inexpertas y las «vedettes» con encanto y figura para crear un erotismo críptico. Un erotismo falsamente inocente, irónico, como surgió a su pesar. La imagen de Virginia de Matos lamentándose, en salto de cama, por lo solita que estaba y el miedo que eso le daba, podría ser la perfecta ilustración de la regla fundamental. O la de Gracia Imperio, llenando meses y meses el Ruzafa, de Valencia, con los labradores que llegaban en autobuses especiales desde todos los pueblos de la provincia, dispuestos a verla moverse por el escenario, a disfrutar de los infinitos paréntesis que la «vedette» abría en su papel. O la de Mari Mistral, gloria del Molino barcelonés, pidiendo perdón al público por no poder complacerle. Claroscuro. Censura que mide y mira las telas de las muchachas y las obliga a improvisar lazos de gasa aquí y allá; lectura de un texto que quizá es inocente sin el gesto y la intención de los actores cómicos. Pugna, dentro de los límites de un pobrísimo subteatro, por salvar las barreras y alcanzar, halagando el machismo de los espectadores y haciéndoles sentirse falsamente liberados de sus profundas represiones, su cartera.

Acaso sólo algunos actores cómicos merecerían salvarse de estos juicios. Si las mejores y más guapas «vedettes» salían a escena con la batalla ganada de antemano, sin más exigencia, aparte de un ligero conocimiento técnico de su oficio que echar alguna mirada lánguida hacia el público, los actores eran, en medio de la más absoluta trivialidad o del vacío, los encargados de poner en pie una y otra vez la revista. Tenían que «llevar» la obra, que divertir al público, que cantar y bailar, que preparar la salida de las «vedettes» y convencer a todo el mundo de lo guapísimas que eran las aburridas vicetiples. Y ello sin contar con ninguno de los elementos que habían congregado al público.

La capacidad de algunos de estos cómicos ha sido tal, que a

(Pasa a la página 35)